

	Págs.
CAP. XII. — De como se había la Rev. Madre Barat en el gobierno de la congregación . . .	203
CAP. XIII. — El tránsito . . . . .	235
CAP. XIV. — Las virtudes de la venerable Madre Barat. Conclusión . . . . .	244
EPÍLOGO. — La Sociedad del Sagrado Corazón después de la muerte de su venerable fundadora	272

CAPÍTULO PRIMERO.

NACIMIENTO Y EDUCACIÓN.

1779.

LA noche del 12 al 13 de diciembre de 1779 nació en Joigny, provincia de Borgoña en Francia, Magdalena Luisa Sofia, hija de Santiago Barat, cosechero de vinos, y fué bautizada la mañana del día siguiente. Como ordinariamente ha acontecido en todos los varones y hembras llamados á obrar grandes cosas ó á adelantarse singularmente en santidad para edificación de la Iglesia, Sofia Barat vino al mundo acompañada de circunstancias muy extraordinarias, que imprimieron, por decirlo así, en ella el sello de su futuro destino.

Esta niña, en cuyo corazón había de arder constantemente en abrasadora llama durante el largo curso de su vida el fuego del divino amor, desprendiéndose de él los rayos de calor y de luz de que habían de participar los que comunicaran con ella, dió en su más tierna edad una respuesta verdaderamente maravillosa á esta pregunta: “¿Quién te ha dado el ser?” — “El fuego”, respondió Sofia. Y era verdad, pues que habiendo ocurrido por la noche un incendio pavoroso en la casa inmediata

á la suya, su madre, sobrecogida del susto, dió antes de tiempo á luz ante los resplandores de un fuego devorador á la criatura que llevaba en su seno.

En todo el ser de la niña se veía en efecto la semejanza del fuego. “No parece”, dice Baunard, “sino que el fuego había dado en efecto la vida á Magdalena, pues tan grandes eran el calor y la viveza impresos en su ser, y tan excesiva la plenitud de vida que se revelaba en su continente, en sus movimientos, en sus ojos, en sus palabras. Por los juegos infantiles tenía pasión, en los cuales hacía ella siempre de directora; á sus compañeras les contaba luego los sueños que había tenido, en los cuales se parecía como “gran reina”. Algún tiempo después les manifestó que ya en la cuna había conocido á Dios, por lo cual le daba gracias de lo íntimo de su corazón.

Las primeras instrucciones tocantes á las santas verdades de nuestra fe las recibió Sofía de su misma madre y de su piadoso abuelito; y cuando se iba adelantando en edad de suerte que ya podía oír en la iglesia parroquial la enseñanza religiosa, no tardó en hacerse notar por sus respuestas. Era ella tan pequeña de cuerpo, y era tan débil su voz, que para que la vieran y entendieran, tenían que subirla á un taburete. “Poco antes de la Pascua de Resurrección el cura párroco reunía en torno suyo á los niños y les exhortaba á pedir á Dios con íntimo dolor de sus pecados, que se los perdonara, asegurándoles que les serían en efecto perdonados si su arrepentimiento fuera perfecto. Sofía entonces se puso de pie y comenzó

á declarar sus pecados. Maravillado el sacerdote, le mandó al punto que no prosiguiera; pero en aquella espontánea acusación se reveló á sus ojos un alma favorecida de Dios.”<sup>1</sup> No vaciló pues en conceder á Sofía, á los diez años de su edad, después de haber explorado su interior y edificádose á vista de la pureza de su corazón, que recibiera en aquella Pascua por vez primera la sagrada comunión. Fué esto el año nefasto de 1789, año en cuyo seno se contenían virtualmente todos los horrores que se han visto y que todavía vemos, ya que en sus falsos principios no ha dejado de existir.

Un carácter tan vivo, un alma así prevenida de la gracia como la de Sofía, había menester desde luego la mano vigorosa de un guía inteligente y amorosamente solícito para no tomar algún rumbo falso á impulso de las impresiones juveniles y de la vehemencia de su corazón. Dichosamente la bondad de Dios le deparó este guía en la persona de su hermano Luis. Éste, no bien cumplidos diez y siete años de su edad, había dado término á sus estudios en el colegio de Joigny, y quería ser sacerdote; resolución que si en todos tiempos es señal de alma elevada y de noble amor de Dios, por aquellos días nada menos significaba que un espíritu de sacrificio heroico. La ordenación sólo ofrecía entonces trabajos, desprecios, privaciones y aún el martirio. No obstante, Luis Barat, insistiendo en su santo propósito, entró en el seminario eclesiástico de Sens, y después de haber dedicado cinco

<sup>1</sup> Notas de la Madre Maillucheau.

años al estudio, recibió allí mismo el subdiaconado. No teniendo á la sazón la edad que se requiere para las órdenes superiores, enviaronle á Joigny, su patria, en calidad de profesor de matemáticas de aquel colegio. Ahora con el trato y conversación que naturalmente había de haber entre hermanos, el joven levita no pudo menos de echar de ver los excelentes dones y talentos con que había sido favorecida Sofia. Luego sintió en sí el deseo de ganar su alma para Dios, en cuanto le fuera posible, y de dirigirla é instruir la de suerte que cuando llegara la hora en el plan de la divina Providencia, ella estuviera dispuesta para todo lo bueno y para todo lo grande.

Luis era todavía joven, y se dió á esta obra con todo aquel celo impetuoso que es propio de la juventud.

Ante todo Luis le puso por escrito para cada día un plan de vida que no dejaba de apartarse del que hasta entonces ella había seguido. En lugar de ayudar á su madre en las ocupaciones domésticas y de ejercitarse en las faenas ordinarias de la mujer dentro de casa, Sofia había de tener el estudio por su principal negocio todos los días. Levantábase temprano, oía una misa y en seguida se retiraba en su gabinete para estudiar, y no interrumpía su estudio sino durante algunas horas de recreación dando un pequeño paseo por las viñas, etc. Era preciso traducir á Homero y Virgilio, y la hija del viñador se hallaba tan engolfada en la antigüedad en su reducida estancia, que más tarde hubo de decir, chanceándose: "Yo

entonces era más virgiliana que cristiana." La heroica antigüedad le agradaba; parecíale que "da extensión y amplitud al ánimo"; lo cual prueba que había recibido grande, cuasi varonil entendimiento. Conservaba sin embargo en medio de esto su condición de niña, que más que de los días de trabajo gustaba del día de fiesta, y sentía mayor deleite ante las escenas de la naturaleza que ante los libros doctos. Si por ausencia de su hermano interrumpía semanas enteras el duro trabajo, luego que volvía de improviso el riguroso maestro, no dejaba ella alguna vez de suspirar. "Entonces todo lo tenía que dejar: y tomaba de nuevo los libros y procuraba consolarme con aquello de que *sin padecer no hay gozar*."

Con las lenguas antiguas alternaban en los estudios de Sofia las ciencias físicas y naturales, especialmente la botánica y la astronomía. Habiendo incluido la discípula espontáneamente en su programa de estudios las lenguas vivas, no se opuso á esto su hermano, habiéndolas ella de estudiar en las horas de recreación. Así aprendió en parte Sofia la lengua española, y mejor el italiano, que llegó á serle familiar.

Á qué fin se encaminaban propiamente estos estudios, ni Luis ni su hermana lo sabían. Luis creía en general ser de mucha gloria de Dios que los indisputables talentos de la niña se desenvolvesen naturalmente; y, aunque vagamente, entendió que en esto se cumplía un designio especial del cielo. La opinión de los padres acerca de este punto estaba dividida: la madre sólo á medias veía con gusto

aquella docta educación; su deseo era que formada en la verdadera piedad, su hija se casase bien y no se separase de ella. Por el contrario, el orgullo del padre se sentía halagado con los singulares progresos de la niña, aunque tampoco sabía adónde iría aquello á parar.

No dejó por esto Luis de cuidar con singular estima de la vida interior de su hermana ni de encaminarla al cielo. Los estudios serios, así como los sentimientos que se despiertan en el corazón así dirigido, la hicieron indiferente á lo que en otro caso ocupa á las niñas de su edad. Su vestido liso y sencillo fué ocasión para que la censuraran de exagerada; censura que la indujo á ponerse algún adorno, de lo cual hubo de arrepentirse después amargamente como de reprehensible vanidad.

La inclinación á conservar su estado virginal y servir á Dios en la vida del claustro, se despertó muy pronto en su corazón. No acertaba ella á señalar á punto fijo el momento en que sintió por vez primera este deseo; mas con ocasión del casamiento de su hermana María Luisa, de más edad que ella, el año de 1792, hubo de participar á sus padres que no quería pertenecer á otro esposo que á Jesús. Esta resolución debió de parecer en aquella sazón irrealizable. La revolución francesa había hecho en poco tiempo espantosos progresos. Los claustros eran saqueados, proscritos y convertidos en ruinas. Ahora le tocaba su turno al clero secular; y con esto la desolación general entró por vez primera en la familia Barat hasta entonces feliz.

Fué ordenado Luis de diácono en 1790, y de improviso quiso el Gobierno que todos los ministros de la Iglesia jurasen la Constitución civil, que era como exigirles con poco disimulo un acto de apostasía de Roma y de la Iglesia. Como muchos otros, ofuscado Luis por la aflicción de sus padres, se dejó deslumbrar y juró. Pero no bien había acabado de jurar, cuando advirtió, poseído de temblor, todo lo abominable de su acción. Al punto protestó contra ella públicamente y por escrito; mas por espacio de dos años dejáronle tranquilo en el cargo que desempeñaba en su colegio. Pero la tiranía arrojó después del todo la careta, y no hubo medio para Luis: ¡ó juramento civil ó la muerte! Ante esta alternativa creyó lo mejor dejar á Joigny y partir para París donde fácilmente podría ocultarse y aguardar á que pasase la tormenta. Al despedirse de sus padres y de su hermana, ¡qué amargura la suya! Porque en aquellos tiempos los que se separaban, no imaginaban siquiera que habían de volverse á ver.

No gozó mucho tiempo en París de la libertad. Un antiguo condiscípulo de Luis fué el Judas que le entregó, y en mayo de 1793 penetró en la cárcel, cuyas puertas no se abrían de nuevo á los que entraban, sino para que tomaran el camino del suplicio. Cuando la familia en Joigny tuvo noticia de esta prisión, su aflicción fué grande; en la madre llegó hasta el extremo de negarse á tomar alimento. Sofía entonces, viendo que todos los ruegos para disuadirla de semejante extremo eran inútiles, dijo que ella tampoco tomaría sustento alguno mientras que su

madre no comiera, y que así ambas morirían juntas. Esta determinación hizo su efecto, y la madre cobró nuevo valor. Acordóse entonces de las imágenes de los Sagrados Corazones de Jesús y de María que Luis les había enviado de París poco antes de haber sido preso. Ante estas imágenes practicaba aquella familia ejercicios devotos, y Sofía recibió las primeras impresiones y estímulos que más tarde habían de tener tanto influjo en el curso de su vida.

Entretanto Luis era llevado de cárcel en cárcel, esperando todos los días ser condenado á muerte, de la cual á la verdad no podía librarse sin una providencia especial de Dios. Sucedió, pues, que un antiguo maestro de Luis vino á parar en la misma prisión que él; allí en consideración á su buena letra le destinaron á escribir la lista de los presos que cada día habían de salir para el patíbulo. Entre éstos encontró un día aquel buen maestro el nombre de Barat, y acordándose entonces de un discípulo suyo de este apellido, aunque no se le ocultó el peligro á que él se exponía, dejó de incluirlo en la lista. El caso permaneció felizmente inadvertido: Barat fué tenido por guillotinado y continuó incólume en la cárcel hasta el 9 termidor (27 de julio de 1794), día en que perdió Robespierre su sangriento poder. Luis sin embargo no salió de la cárcel hasta febrero; y luego al punto que se vió libre, fué al obispo de Troyes, quien le ordenó secretamente de sacerdote.

En medio de estas pruebas generales y personales Sofía cumplió la edad de diez y seis años, mostrándose en ella tanta hermosura y tal aire de persona

distinguida, que junto con la cultura interior y con la transparente nobleza de su alma le comunicaban algo verdaderamente eminente, como se reconoció después por todos. De aquí que su aspecto causase en cuantos la veían, una impresión particular, y que en medio de la admiración, no bastante disimulada, que causaba, su vocación y su virtud no estuviesen seguras. Fué pues especial providencia de Dios que el que la había de preservar, no estuviere lejos. Pronto se presentó en la persona de su hermano Luis.



#### CAPÍTULO SEGUNDO.

#### EN PARÍS.

1796.

UNA sola cosa pretendía el joven sacerdote, consagrar enteramente al servicio de su Dios y Señor la vida que le había sido conservada por especial protección suya: ora se le ofrecía al pensamiento ir á lejanas tierras de gentiles; ora la Compañía de Jesús, la cual había encontrado un asilo en Rusia, en otro tiempo enemiga del catolicismo, cuando la revolución la hubo lanzado de Europa. Pero ¿á qué andar errante con el pensamiento y el deseo por lejanas tierras? ¿Acaso el mismo París y el reino de Francia no le brindaban harto con misiones entre gentiles y palmas de martirio? Determinó, pues, quedarse en París y tomar consigo á su hermana, en

parte para atender á su educación literaria, y en parte para servirse de ella en las obras que le sugiriese el celo de que estaba abrasada su alma.

Trabajo empero había de costarle poner por obra este plan, al cual oponían resistencia, al parecer insuperable, así su madre como su hermana Sofía, tanto que por la primera vez tuvo que partir á París sin la última. Pero otra vez que volvió á residir en la casa paterna, habiendo dado su fruto las muchas cartas que se cruzaron, el padre se puso de parte de Luis, no ocultándosele que en Joigny Sofía perdía el tiempo y decaían sus fuerzas, y en todo caso no se le ofrecía un porvenir tan brillante como en París. Al fin vino en ello la madre, y Sofía se despidió por vez primera y no sin negro pesar de la casa paterna para lanzarse al tempestuoso mar de la capital, famoso por sus escollos y peligros, bajo la dirección de su hermano. Acompañada de una amiga suya y de Luis, emprendió el viaje, en el cual le hizo sentir luego su hermano toda su severidad, empezando por decirle que sin duda para abreviar el camino quería ella proseguir un constante diálogo con su amiga. Una doncella cristiana, pensaba el austero guía, no debe hacer su camino, yendo á una ciudad empapada en sangre de mártires, ocupada en tales distracciones.

En París encontraron los dos hermanos en una piadosa doncella, que vivía en la calle de Turena, por nombre Duval, hospitalaria acogida y manutención conveniente. Una de las habitaciones de la casa fué destinada á capilla, y Luis solía celebrar allí secreta-

mente el santo sacrificio de la misa, pues aun estaba prohibido el ejercicio público del culto. Además de los que vivían en aquella casa, algunas señoras de la vecindad venían á formar una tranquila y cotidiana sociedad reunida en torno del altar. Luis buscaba á estas mujeres para promover en su círculo una acción apostólica, sabiendo muy bien que un simple seglar, á veces una mujer, puede obrar el bien sin que sea advertido, y facilitar extraordinariamente á los sacerdotes, aun cuando sean pocos, el trabajo. Una joven, llamada Loriquet, dirigía una escuela de niñas, y ésta era buena ocasión para confirmar en la fe á aquellas almas. Sofía misma se sintió atraída por la señorita Bailly, que por cierto tenía diez años más que ella, pero entre todas las amiguitas era reputada por la mejor.

Con clara inteligencia conoció Luis que la instrucción es el mejor medio por donde sus alumnas podían disponerse para la obra de la edificación, y así procuraba que adquiriesen la capacidad conveniente mediante una cultura fundamental. Empezó pues un curso doctrinal sobre diferentes ramos del saber, inclusa la lengua latina. Pero como Sofía ya estaba adelantada en todo esto y aun había penetrado en la vida interior, gracias á la dirección de su hermano, dedicóse en sus horas de estudio á los autores cristianos, y tradujo á los Padres de la Iglesia, y escritos relativos á la vida espiritual. Hallaba singulares delicias y grande consuelo en penetrar con su hermano en la Sagrada Escritura.

En todo lo demás, la vida de los hermanos, pobre y rigurosamente oculta, estaba repartida entre la oración y el trabajo. El hermano para ganar el sustento de los dos, tenía que emplear horas enteras fuera de casa; y Sofía tenía á su cargo, en obsequio de Luis y de la señorita Duval, el gobierno de la casa y á la vez dirigía la educación de una niña. Además con la ayuda de sus amiguitas reunía á muchos niños del barrio y les enseñaba el catecismo.

Por confesor eligió Sofía primeramente á un amigo de su hermano, el Señor Filiberto de Bruillard, que fué después obispo de Grenoble. Este piadoso sacerdote hubo de conocer la responsabilidad inherente á la dirección de un alma tan privilegiada, y así no tardó mucho tiempo en aconsejar al hermano de Sofía que él mismo tomase sobre sí el cuidado de dirigirla.

Este cambio no fué á gusto de la naturaleza. Porque no se limitó la dirección de Luis á lo que rigurosamente se pretende en el tribunal de la penitencia, sino abarcó del modo más sensible y prolijo la vida diaria, de suerte que hubo menester Sofía de toda su buena voluntad y energía varonil para no desmayar bajo aquel peso. Inclinado naturalmente al rigor, Luis fué confirmado en él durante su noviciado en la cárcel, y con la decisión propia de su inexperta juventud, se esforzaba por conseguir la santificación de su hermana. No dejaba pasar ocasión alguna de contrariarla, para quebrantar en ella la propia voluntad, y oponerse á los estímulos de la vanidad y sensualidad. Como ella se hubiese aderezado un

vestido que desdecía del traje ordinario de una mujer de aldea, Luis lo cogió en sus manos y lo arrojó al fuego. Cuando notaba que leía en algún libro con afán, la llamaba para darle á su antojo algo que hacer. "Penosa era á la verdad para ella tanta dureza," dice Madama Maillucheu, "pareciéndole que á ella sola trataba Luis con tal rigor, y que con sus compañeras y aun con todos era todo bondad é indulgencia; pero no por esto decaía la confianza que había puesto en su director, mayormente cuando veía que él sólo obraba en consideración al bien de ella, y que por su parte era modelo de abnegación." Habiéndose acostumbrado á este nuevo género de vida, llegó á experimentar con ella un consuelo hasta entonces desconocido, y le cobró tanto gusto á la vida mortificada, que comenzó á tener por único objeto de sus ansias el entrar como hermana lega en un convento cualquiera de religiosas carmelitas.

Otras consecuencias menos buenas tuvieron las exageraciones de su hermano, las cuales permitió Dios para provecho de ambos. Con el fin de purificar siempre más el alma de su hermana, obligóla á hacer frecuentes confesiones generales, que naturalmente no habían de tener otro resultado que turbar é intranquilizar su alma, inclinada naturalmente á los escrúpulos. Así, á menudo con pretextos fútiles, dejaba ella de llegarse á la sagrada mesa, y no raras veces aconteció que el hermano le mandase desde el altar que se acercase á ella y comulgase. Aun los ejercicios exteriores de penitencia á que él la exhortaba, y que ella con el tiempo llegó á proseguir con fervor, fueron

exagerados, y en razón de su duración hubieron de alterar su salud, sin esto ya delicada. Pero convino que experimentase en sí tales cosas antes de ser llamada á conducir á otras en calidad de superiora.

Con su parentela de Joigny mantenía Sofía activa correspondencia epistolar. Su primera carta fué para su hermana Luisa, que estaba enferma; por donde se vió que en la escuela de su hermano no se extinguía el amor fraterno, sino antes se ennoblecía. "Siento en el alma, querida hermana," le decía, "lo mucho que padeces, tanto más, cuanto que sé que es harto débil tu constitución. Ese mal tuyo espero que no tenga consecuencias; pero entretanto debes tú pensar en aprovecharte de esta prueba. Procura con este motivo tratar más con Dios. Si te pones en sus manos confiando siquiera un poquito en él, bien puedes contar ciertamente con su auxilio; así verás que con algún esfuerzo todo viene á parar en bien. ¡Ah, hermana mía! Descíbreme el fondo de tu corazón. No sabes bien cuán sensibles son para mí tus penas, ni cuán íntimamente deseo poder llevar sobre mí la mitad siquiera de tus cuitas. . . . No estás á la verdad sola para lo que pide tu maternal solicitud, porque Dios, que ve tu necesidad, te enviará oportunamente personas amigas que te acompañen. Dios no viene desde luego en tu auxilio porque quiere que por algún tiempo lleves sola ese peso, para que así te hagas digna de que se cumplan en tí sus misericordiosos designios. Esfuérzate por grabar profundamente nuestra santa fe en el corazón de los niños que él te ha dado: esos niños no te pertenecen,

pues son un bien que se te ha dado en depósito, del cual has de dar cuenta en su día."

Un día, por el tiempo de la vendimia, en vez de carta, al cabo de cerca de medio año de ausencia, se presentó la misma Sofía. Ya su madre, entre las condiciones con que había consentido que fuese á París, puso ésta, que todos los años en ese tiempo había de venir á Joigny. Momento de alegría fué en verdad aquel en que se volvieron á ver; pero ya se notaba en todas las acciones, palabras y actitud de Sofía, que era muy otra, que su espíritu se había pronunciado con mayor decisión que antes por las cosas de arriba.

El tiempo que residió en Joigny, lo consagró á los niños. El hijo mayor de su hermana, de edad de cinco años, era ya capaz de impresiones duraderas y saludables. Siendo éste ya anciano, describía en estos términos la impresión que hizo en su ánimo infantil Sofía: "Su modestia y amable bondad, y aun el dulce sonido de su voz, causaban en mí cierto como verdadero encanto. En tiempo de vacaciones subía yo muchas veces con ella hasta lo alto de la montaña que hay en derredor; y allí, ante el delicioso valle del Yonne, volvíase hacia mí, me hablaba de Dios, que es todo bondad; me refería rasgos y ejemplos de virtud acomodados á la edad infantil, y me cantaba cantares edificantes. Acuérdome especialmente de un hermoso día de otoño. Sentámonos á la sombra de una corpulenta encina y contemplá-bamos el curso del río. Entonces comenzó á recitar mi tía un fragmento de la tragedia de Racine *Atalia*.



Cierto maravilloso fuego se vislumbraba en su alma y brillaba en sus ojos haciendo de sus palabras otros tantos encendidos dardos. Por vez primera se ofreció la belleza ante mis ojos.”

Á la verdad, ¿no era sobremanera poético y hermoso ver á una doncella, á quien estaba reservado tal porvenir, y con ella al niño que en su día había de ser ordenado de sacerdote, en presencia de las maravillas naturales de aquel rico país en el pleno esplendor del otoño, y oír los inspirados y melódicos versos de la tragedia más bella que hay escrita en lengua francesa? ¡Qué admirablemente convienen estas palabras con la pobre Francia, asolada por la revolución y regada con sangre! ¿Acaso no vino esta revolución, semejante á la reina Atalia, á destruir hasta la última reliquia de la casa de David? ¿Y no fué llamada en parte Sofía á cooperar á la restauración del reino de Jesucristo, á que este Señor, como el niño rey Joas, saliendo de su escondido retiro, volviese al profanado santuario con la pompa y solemnidad debida?

Para que llegara pronto esta bendita hora, Sofía en el ardor de su celo hubiera querido ser hombre. “¡Dichoso tú,” decía á su sobrinito, “que eres hombre; en esto te tengo envidia, porque los hombres pueden hacer muchas cosas y grandes por la gloria de Dios!” — Terminadas aquellas vacaciones volvió á París para continuar con su hermano su vida tranquila y solitaria de trabajo y abnegación. En qué habían de parar todos aquellos preliminares, ni ella ni su hermano lo supieron durante mucho tiempo. Ambos

hacían el bien que cada día se presentaba abundantemente ante sus ojos, esperando de la bondad de Dios que claramente les diese á entender lo que en particular quería de ellos. Tres veces volvió después Sofía á Joigny por la vendimia, hasta que sonó la hora de la Providencia. De un modo apenas presentado de los que fueron llamados, se mostraron el fin y el camino ordenados á realizar en honor de Dios sublimes empresas.



CAPÍTULO TERCERO.

INSTITUCIÓN DE LA SOCIEDAD DEL  
SAGRADO CORAZÓN.

1798.

EL año de 1797, á la edad de treinta años no cumplidos, murió en Viena (Austria) un sacerdote de gran virtud, por nombre Leonor de Tournely. Ya desde algunos años atrás este sacerdote había reunido en torno suyo á amigos de su mismo espíritu é intención, y con ellos trataba de restablecer plenamente la Compañía de Jesús, que á la sazón únicamente subsistía en Rusia. Por lo pronto estos piadosos sacerdotes vivían según la regla de San Ignacio, y se denominaban: “Compañía del Sacratísimo Corazón”.

Era además su intento proveer á otra necesidad urgente de la época, y en esto á la verdad el éxito no respondía á sus deseos. Querían restaurar la sociedad doméstica, que gracias á las llamadas “luces” y á la frivolidad de las costumbres—sobre todo en